

FATALIDAD

128. DE BERNARDO GAVIÑO (A)

Procede de México. Comunicó el profesor Ángel Salas. Recogido en México, D. F., en mayo de 1938. V. T. M., *Romance y corrido*, núm. 116, pp. 540-1.



El treinta y uno de e - ne - ro don Bernardo sus - pi - ró



y al ver un to - ro de A - ya - la su co - razón le a - vi - só —



Ro - sa ro - si - ta disci - pli - na - da —



murió Bernardo Ga - vi - ño qu'era muy cer - te - ra es - pa - da —

El treinta y uno de enero don Bernardo suspiró,
y al ver un toro de "Ayala" su corazón le avisó.

Rosa, Rosita/disciplinada,
murió Bernardo Gaviño,/que era muy certera espada.

Ya tenía ochenta y tres años cuando a la Plaza le entró
y ese torito de “Ayala” el corazón le partió.

¡Epa, torito/cara de horror,
que ahí está Bernardo Gaviño/de toreros el mejor!

Al ver el toro tan bravo se puso color de cera:
y dijo: —Este toro prieto viene a darnos mucha guerra.

Rosa, Rosita/de *volcameria*,
que a Bernardo le hirió el toro/el último día de feria.

A la vista penetrante del toro nada escapó,
que a todos los picadores los caballos destripó.

Rosa, Rosita/flor de alelía,
murió el capitán Gaviño/esta su suerte sería.

Sacando vueltas a brincos, ¡ay!, don Bernardo esquivó
las primeras puñaladas que el torito le aventó.

Rosa, Rosita/flor de castilla,
don Bernardo está enterrado/en el Panteón de la Villa.¹

“El Chiclanero” famoso su capote le tiró;
pero el torito de “Ayala” a don Bernardo ensartó.

Rosa, Rosita/flor de San Juan,
un toretito de “Ayala” nos mató un buen capitán.

Ese mentado “Zocato” y el picador “Mochilón”
no pudieron hacer nada contra el destino de Dios.

Rosa, Rosita/ya se acabó,
don Bernardo, el gran torero/en Texcoco concluyó.

Mas como ya estaba escrito su destino y le tocó,
¡pobre Bernardo Gaviño! ¡En Texcoco se murió!

Rosa, Rosita,/rosa de amor,
murió nuestro capitán, lo lloramos con dolor.

¹ Panteón de “El Tepeyac” en la Villa de Guadalupe, D. F. (tal vez hay confusión con Ponciano Díaz).

Se presentaba arrogante en cualesquiera corrida,
y toreaba al mejor toro sin miedo a perder la vida.

Rosa, Rosita/flor de limón,
murió el once de febrero/muy cerca de la oración.

Toreó los toros de "Atenco", también a los de "Jagüey",
y nunca les tuvo miedo por más que tuvieran ley.

Rosa, Rosita/rosa amarilla,
con garbo siempre pegaba/al toro una banderilla.

En la Plaza de San Pablo con garbo y gracia lidió,
que el toro, de una estocada, siempre muerto lo dejó.

Rosa, Rosita,/¡oh infeliz suerte!
En la Plaza de Texcoco/halló Gaviño su muerte.

Con su montera ladeada y con su gran corazón,
murió Bernardo Gaviño con la bendición de Dios.

Rosa, Rosita/flor encarnada,
murió Bernardo en Texcoco/a causa de una cornada.

La mentada "Malagueña" una rosita le envió,
pa' que tuviera presente el corazón que le dio.

Rosa, Rosita/del mes de abril,
ya a don Bernardo jamás/lo verán ante un toril.

En fin, concluimos aquí los versos del gran Gaviño,
y conservamos gustosos su memoria con cariño.

Rosa, Rosita/flor de magnolia,
Murió Bernardo Gaviño, ¡que Dios lo tenga en su glorial

129. TESTAMENTO Y DESPEDIDA DE BERNARDO GAVIÑO (B)

Armando de Maria y Campos: *Los toros en México en el siglo XIX*, pp. 97-9, México, 1938.

Murió Bernardo Gaviño y murió como valiente,
puesto que murió luchando con el toro frente a frente.

¡Ay, toro!/Torito prieto.

¿Por qué a Bernardo Gaviño/sin piedad dejaste muerto?

En la Plaza de Texcoco, el último día de enero,
hirió a Bernardo Gaviño un toro medio matrero.

Bernardo por fin murió el once del mes siguiente,
y su recuerdo dejó como torero valiente.

El día trece lo enterraron de la Villa en el Panteón,
y allí sus restos quedaron en extranjera nación.

Ahora los toreros deben vestirse todos de luto,
pues murió el primer espada entre las astas de un bruto.

Al salir el toro dijo con cara firme y serena.
—Ese torito sí es bueno, nos va a dar mucha guerra.

Y no se engañó Bernardo cuando tal cosa decía,
pues a poco ni un caballo en toda la Plaza había.

—Aprended, hombres de mí y mirad mi triste estado,
ayer buen torero fui y hoy en el sepulcro me hallo.

“¡Quién me lo había de decir que en Texcoco había de anclar,
después de mucho lidiar a tanto toro atrevido!

“Fui el decano conocido en el arte de los toros,
hoy dejo mi testamento para mis amigos todos.

“Al hacer mi testamento declaro que soy cristiano,
y dejo por heredero al valiente de Ponciano.¹

“Pues le viene por derecho y porque así yo lo mando,
que en el arte de la lidia es el primer mexicano.

“A todos los picadores les dejo también recuerdos,
pues a muchos que enseñé no he sido ingrato con ellos.

“Siempre me estimaron bien, me trataron como hermano,
nada tengo que sentir de este pueblo hospitalario.

“Adiós, mis amigos todos, ya no volveré yo a ver
aquellas Plazas mentadas en que muchos toros lidié.

¹ Ponciano Díaz, el torero mexicano.

“Yo siempre me presenté con denuedo y con valor,
ante los toros más bravos que traían del Interior.

“Con muchas razas lidié y de las más afamadas,
y aunque fueran muy rejegas siempre caían a mis plantas.

“Lidiaba con arrogancia, nunca conocí yo el miedo,
y siempre en México fui el mejor de los toreros.

“En la Plaza de San Pablo, también en la del Paseo,²
dimos harto la función yo y mi compadre Gadea.³

“Jugué ganado de ‘Atenco’, de ‘Santín’, ‘Guatimapé’;
pero un torito de ‘Ayala’ me vino a poner la Ley.

“Por todo el país mexicano, siempre en triunfo me *pasié*,
y nunca pensé un momento el fin que había de tener.

“Anduve por ‘El Bajío’ y después por Guanajuato,
y el toro que desafiaba luego me lo echaba al plato.

“Di corridas muy mentadas en Veracruz y en La Habana
y en todas éstas dejé los recuerdos de mi fama.

“No volveré a lidiar toros ni a estar con mis compañeros,
que cuando tenían peligro me presentaba yo luego.

“A libertarle la vida a aquel que se hayaba en riesgo,
y por eso me decían el mejor de los toreros.

“Adiós, Ponciano querido, ya te dejo en mi lugar,
te encargo mucho cuidado cuando vayas a torear.

“No te vaya a suceder lo que acaba de pasar:
que en la Plaza de Texcoco la suerte me fue fatal.

“En fin, yo ya me despido; me encuentro hoy en la fosa,
ya no hay Bernardo Gaviño, hoy me cubre ya una losa.”

¡Llorad, llorad con cariño, con cariño verdadero!
Murió el Rey de los toreros. ¡Murió Bernardo Gaviño!

² Plaza de Toros de el “Paseo de Bucareli”.

³ Ignacio Gadea, otro torero del siglo XIX.

130. MUERTE DE ALBERTO BALDERAS

Procede de México. Cantó el señor José Durán.
Recogido el 21 de octubre de 1947, en la calle
de Luis González Obregón, México, D. F.

En diciembre veintinueve año cuarenta de veras
quén la Plaza de "El Toreo" fué muerto Alberto Balderas

En diciembre veintinueve, año cuarenta, de veras,
que en la Plaza de "El Toreo" fue muerto Alberto Balderas.

De terno canario y plata iba vestido el torero;
guapo y *urgido** y valiente; de figura, un pinturero.

Ni siquiera imaginaba que la muerte traicionera
oculta muy bien estaba en palco contra-barrera.

—Estoy muy triste —le dijo a uno que le preguntó
cómo le iba en esa tarde donde la vida dejó.

Salió del corral "Rayado", buen toro que hará memoria,
Balderitas en la brega quedó cubierto de gloria.

Pero nadie lo pensaba, tan valiente como estaba,
que ese domingo en la tarde ya la muerte lo asechaba.

Con *Rayao* se había lucido y hasta una oreja cortó,
cuando salió "Cobijero", ese que lo asesinó.

Negro, *bragao*, grande y hondo, era tal bandido fiero,
que antes de morir luchando lo *impitonó* traicionero.

Le paró pies "Carnicero", los de a caballo picaron
y los de las banderillas al asesino adornaron.

* Debió decir: *erguido*.

“Carnicero” brinda el toro cerca de la Presidencia;
mas “Cobijero” lo vio con mucha mala tendencia.

Se le arranca por detrás y Balderas, buen amigo:
—*No lo agarres a la mala, métete mejor conmigo.*

Se fue derecho al toro con la capa a medio abrir;
mas “Cobijero” no quiso al nuevo engaño acudir.

¡Ay, Virgen de Guadalupe! ¡Madre Nuestra del Consuelo!
En menos que se los cuento Alberto estaba en el suelo.

Cuando Rojo de la Vega¹ vio que Balderas caía,
se fue junto con Ibarra² corriendo a la enfermería.

Primero fue un tropezón, pero ese toro maleado
le tiró una puñalada en el *merito* costado.

Fue tan adentro el pitón que el hígado le rompió,
así como las arterias por cerca del esternón.

¡Señores, de que me acuerdo, me dan ganas de llorar!
Balderitas quedó herido y se pudo levantar.

—Que venga mi hermano Pancho, que estoy muerto de verdad.
¡Qué será de mis hermanas que quedan en la orfandad!

Un mono-sabio lo agarra, Balderas no podía andar,
lo llevaron para adentro echando sangre a la mar.

Herrera³ corrió a su lado, la herida quiso tapan;
pero la sangre brotaba como un pozo al reventar.

Rojo de la Vega, Ibarra, con Herrera y otros más
lo acostaron en la mesa donde lo iban a operar.

Vega dice a la enfermera: —¡Una aguja de inyección!
¡Pronto, pronto, señorita, que esto me huele a panteón!

Ya Balderitas no hablaba. ¡Era tanta la emoción!
Le inyectaron sangre buena para hacer la transfusión.

¹ Médico de Plaza.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

De allí me salí, señores, por montañas y praderas,
pa' decir cómo murió el diestro Alberto Balderas.

Dijo Francisco Balderas: —Alberto ya falleció,
ahora nos quedamos solos mis hermanitos y yo.

“Alcázar” y sus muerteros a poco se lo llevaron,
dentro de caja de mimbre fue donde lo colocaron.

Por la noche en el velorio llegaron muchos toreros,
los de “La Porra” y amigos, así como revisteros.

Dijo Francisco Balderas: —Lo entierran junto a mi padre,
allí en el Panteón Moderno, a las cinco de la tarde.

¡Adiós, Alberto Balderas, ya te llevan a enterrar,
te acompañan tus amigos, todos te van a llorar!

¡De la raya nadie pasa! Tampoco Alberto pasó,
murió por buen compañero y a “Carnicero” salvó.

Ya murió Alberto Balderas, el torero mexicano;
aquí se acaba el corrido, que lo escribí muy temprano.

131. DE “EL MORENITO”

Procede de Villa de Ocampo, Dgo. Comunicó
Nelly Campobello. Recolección en México en
1938. V. T. M., *Romance y corrido*, núm. 64,
pp. 483-4.



"El Mo-re-ni - to" les di-ce conbanderi - llas en ma-no:



-É-chenme'l to - ro que salga, queal cabo noes. tá miherma-no.

“El Morenito” les dice con banderillas en mano:
—Échenme el toro que salga, que al cabo no está mi hermano.

La gente se lo decía: —Pero, hombre, ¿qué vas a hacer?
Por darle gusto a la gente tu vida vas a perder.

Le contesta “El Morenito”: —Dejarlo de hacer no puedo,
primero me mata el toro que digan que tengo miedo.

Se lo echaron por la izquierda, le salió por la derecha;
lo alzó el toro de la faja dejándosela deshecha.

Cuando cayó “El Morenito” con su color sin igual,
le echaron en la camilla; fue a morir al hospital.

132. DE LOS QUINIENTOS NOVILLOS

Procede de la Sierra de Chihuahua. Comunicó
Ignacio Asúnsolo. Recogido en Ixmiquilpan,
Hgo., el 4 de abril de 1936.



En la parti.da de Kansas hubo muy grande co.rrida



¡Ay, qué ca.mi.nos tan largos! no con.tá.bamos la vi.da.

En la Partida de Kansas hubo muy grande corrida.
¡Ay, qué caminos tan largos!, no contábamos la vida.

En la Partida de Kansas hubo una grande corrida,
gritaba mi caporal: —Les encargo a mi querida.

Respondió otro caporal: —No tengas cuidado, es sola,
que la mujer que es honrada aunque viva entre *la bola*.

Ibamos por el camino, nos pescó un fuerte aguacero,
pa' poderlos detener les formamos tiroteo. (A los toros.)

Unos piden un cigarro, otros piden qué comer,
y les dice el caporal: —¡Se acabó! y ¿Qué hemos de hacer?

En la Corrida de Kansas, ni me quisiera acordar,
caporales y vaqueros, *nomás* nos faltó llorar.

Quinientos novillos eran, los quinientos muy livianos,
y entre quince americanos, no los podían llevar.

Los novillos eran bravos, nos los podían embarcar,
entre treinta americanos no los podían separar.

Los novillos eran bravos, no los podían separar;
gritaba un americano: —Que se baje el caporal.

El caporal tuvo miedo y un vaquero se arrojó,
a que lo matara un toro, *nomás* a eso se bajó.

Llegaron diez mexicanos y al punto los embarcaron
y los treinta americanos se quedaron azorados.

Y la madre del vaquero le pregunta al caporal:
—¿Dónde se ha quedado mi hijo?, que no lo he visto llegar.

—Señora, yo le dijera, pero va a querer llorar;
lo mató un toro *frontino* en las trancas de un corral.

“Treinta pesos alcanzó, pero todo limitado,
y trescientos puse yo para haberlo sepultado.”

Todos los aventureros lo fueron a acompañar,
con su sombrero en la mano para verlo sepultar.

¡Vaya usted y tráigame a mi hijo, que no lo he visto llegar
y llevarlo al camposanto donde lo quiero enterrar.

Ya con ésta me despido con l'amor de mi querida,
aquí se acaban cantando los versos de la Corrida.

133. DE MIGUEL RUVALCABA

Procede de Guadalajara, Jal., 1920. Comunicó la señora Esiquia García. Recogido en México en abril de 1943.

Serían las tres de la tar.de, Miguel an.da.ba co.lian.do —
y en me.nos de un cuarto de hora Miguel es t'a.go.ni.zan.do —

Serían las tres de la tarde, Miguel andaba *coliendo*,
y en menos de un cuarto de hora Miguel está agonizando.

Rancho de Santa Isabel, un martes y día feriado,
murió Miguel Ruvalcaba, el caporal afamado.

Decía Miguel Ruvalcaba: —Me atengo a que soy buen gallo,
al asionar ese toro se destanteó mi caballo.

¡Ay Dios! ¡Válgame Dios!, me duele mi corazón:
¡Qué muerte tan lastimosa, no tuvo comparación!

Decía doña Teodorita: —Su corazón le avisaba,
que bien le decía Miguel que el caballo lo tumbaba.

Su esposa lloraba mucho, su madre con más razón;
de ver a Miguel tendido que murió sin confesión.

Le trajeron un *ministro*, por ver si lo administraba,
no lo pudo administrar, porque la sangre lo ahogaba.

Y el caballo de Miguel no es pinto ni colorado,
es un caballo alazán del fierro del licenciado.¹

¹ Propietario del Rancho de Santa Isabel.